

PROFESOR ALBERTO REIXACH BERTRÁN

Raúl Díaz Castañeda

La puesta en funcionamiento del Hospital Central de Valera (hoy Pedro Emilio Carrillo) el 15 de septiembre de 1958, cambió el ritmo de crecimiento consistente que traía la ciudad, favorecida por su situación geográfica en el pie de monte, un obligado punto de cruce entre la producción agrícola excepcional de la ubérrima montaña, y las salidas o entradas hacia o desde el lago de Maracaibo y los estados occidentales del país. Pero, al mismo tiempo, por el entonces enorme presupuesto destinado a ese funcionamiento y por el empleo de un exhaustivo personal de alta calificación necesario para las complejas tecnologías de punta, venido con otras visiones desde varias regiones del país y de otros países, que inyectó a la urbe un cosmopolitismo que rápidamente la hizo diferente de las tradicionales costumbres de la región andina.

A esto se sumó, y no en menos significación, el derrocamiento de la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez el 23 de enero de aquel año, que no solamente abrió un ancho abanico de participación ciudadana en posibilidades económicas, sociales y culturales, sino una legítima ambición de mejor futuro para todo el conglomerado poblacional del estado Trujillo. Es verdad: Valera terminó de imponerse como la ciudad más dinámica y progresista de este estado, con afianzamiento de su sociedad civil que había sido desde sus orígenes su fuerza fundamental, pero al mismo tiempo, al volverse referencia ineludible, animó por imitación a las otras ciudades a dinamizar su crecimiento.

Valera, vital, alegre, diversa, desprejuiciada, voló con fuerza vulturina hacia ese futuro que se le abría claramente en horizonte y caminos. Una euforia colectiva unánime. La ciudad vivió aquel año 1958 una gran fiesta. Sólo quienes participamos en ella podemos dar un testimonio fidedigno de lo que sucedió.

Para la asistencia inmediata de los pacientes en aquel maravilloso palacio de la salud, fue constituido un cuerpo de jóvenes médicos internos, en el que fui incluido, yo el menor, con 24 años. Al comienzo muy atareados porque la complejidad del hospital así lo demandaba, bajo la amable y veterana guiatra de los jefes de servicio: Luis Portillo, maracaibero (Medicina interna), Pedro Emilio Carrillo (Cirugía general), José Gil Manrique (Traumatología), Rafael Isidro Briceño (Obstetricia y ginecología), Alfonso Delgado Urdaneta (Neonatología) y Salomón Domínguez Curiel, falconiano (Pediatria). Y en 1959: Alberto León Acosta (Anatomía patológica) y Carlos Carbonell, español (Anestesiología). En este año fue incorporado el

farmacéutico español Alberto Reixach Bertrán, como encargado de la unidad de esterilización del área quirúrgica.

Alberto Reixach había nacido en 1930 en Barcelona, España, aunque nunca adhirió el inveterado separatismo catalán, sino ejerció y defendió, en algunas oportunidades a capa y espada, una españolidad íntegra. Llegó en 1958 a Venezuela, ya casado con María Rosa García Bertrán (Calatayud, Zaragoza, 1934), para trabajar en Valencia, y entre 1959 y 1961 en el Hospital Central de Valera. Traía un currículum respetable. A los 17 años de su edad tenía los títulos de Profesor en teoría y solfeo y Profesor de piano, otorgados por prestigiosas instituciones de su región natal; y en 1958, de farmacéutico por la Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad de Barcelona. En 1962, aunque ya enamorado, y para siempre, de Venezuela, por problemas de salud de su esposa, regresa a Calatayud, donde nació su única hija Blanca de Jesús Reixach García, balletista, educadora, escritora y poeta. Retorna a Valera en 1967, para trabajar como profesor de música, historia, castellano y literatura, con importantes incursiones en el periodismo y la radiodifusión.

Lo conocí en 1959 en el Hospital Central de Valera, pero fue una relación estrictamente profesional. Nuestra amistad personal que durará muchos años empezó en ese retorno antes dicho, al ambos formar parte de los movimientos educativos y culturales de la ciudad, amistad que se hizo familiar al contratarlo yo como profesor privado de piano de mi hija Ruth. Al terminar la clase, él, mi esposa y yo pasábamos largos ratos de tertulia en torno de unas tazas de café.

Fue miembro activo del Ateneo de Valera, en cuyo auditorio ofreció varios conciertos con la orquesta de cámara fundada por él en 1967. La Escuela de Artes de Valera, creada en la eufórica actividad de la sociedad civil en 1958 con tres secciones, música, ballet y pintura, dirigida por el renombrado artista plástico venezolano Omar Carreño, sugerido desde el Ateneo de Valera por Aura Salas Pisani, después de un entusiasmado comienzo no logró el desempeño que de ella se esperó, entre otras causas por el magro presupuesto que le fue asignado, y entró en una anarquía que generó críticas muy fuertes y violentas manifestaciones del alumnado. Este proceso dio origen a una intervención de la Dirección de Educación de la Gobernación del estado Trujillo que aplacó los ánimos, aunque no mejoró su status: la escuela de artes plásticas fue separada y nunca dio buenos frutos y las escuelas de ballet y música, agónicas, fueron llevadas al Ateneo, esta última bajo la dirección del profesor Alberto Reixach, quien con su empeño y no poco sacrificio la salvó.

En 1969, separada la sección musical de la Escuela de Artes, pasó a llamarse Escuela de Música Laudelino Mejías, siendo nombrado el profesor Reixach como su primer director, sin apartarse de las cátedras de educación secundaria que

señalamos en párrafo anterior. Por esta intensa actividad en la docencia y la cultura, casi todas las personas que lo nombraban le daban el título de profesor, que lo era, sin saber que también tenía el de farmacéutico.

En su juventud, en España, como miembro de las milicias universitarias, fue oficial de farmacia militar y, después, oficial farmacéutico de la Cruz Roja, en la que llegó al grado de teniente coronel. Esta experiencia le sirvió para en 1968 fundar en Valera un servicio de vigilantes privados rigurosamente entrenados y con responsabilidad civil asegurada.

Fue también fundador del club de la colonia española del estado Trujillo y organista por muchos años del templo de San Pedro de Valera, cuyo párroco Pedro Juárez fue uno de sus grandes amigos y, además, hasta su muerte en 2002, vicecónsul de España para este mismo estado.

El ayuntamiento de su pueblo natal catalán Cornellá de Llobregat, con autoría de Jean Tardá, publicó en 1996 un libro, Cornellanens, de lujo, donde recoge nombre, fotografía y resumen histórico de las personalidades más relevantes de aquella ciudad; en ese libro aparece el profesor Alberto Reixach Bertrán.

Dejó escrito un libro de poemas, Una vida de recuerdos, publicado por la editorial Giraluna de Caracas en 2012.

El profesor Alberto Reixach Bertrán fue un hombre singular, de carácter muy fuerte sin caer en el mal carácter, con ideas muy conservadoras, de trato muy gentil, buen conversador, siempre elegantemente vestido y muy respetuoso en su comportamiento familiar y social. Para mostrarlo en su exacta estatura basta una anécdota contada por su hija:

Una medianoche en Valera regresaban en su automóvil él y su hija de una reunión social y de pronto, en la soledad de la avenida, el profesor frenó cuando la luz amarilla del semáforo avisó el cambio a rojo. Ella le dijo: ¿Por qué se detiene papá?, no hay nadie en la avenida. El profesor, sin quitar del semáforo la mirada le respondió: la luz roja obliga a detenerse, no hay nadie, pero la ley es la ley.

En este largo y plural tránsito existencial el profesor Alberto Reixach Bertrán estuvo acompañado por su esposa María Rosa García Bertrán, quien ejerció durante 29 años como Profesora de manualidades en la Escuela Hermana María Sorrosal de Valera. Una ardua misión de formación escolar que trascendió el programa oficial de la cátedra, para enriquecerla con luces sociales y espirituales, lo que le mereció en 1981 la Orden Francisco de Miranda en su Primera clase, del Ministerio de Educación.